Poemas inéditos

César López

Detenido en el tiempo: Soliloquio y miedo para un poeta distinto. Ángel Escobar

Desnudo de adjetivos. Espléndido y enorme. En el Silencio.
Nadie sabe qué dioses ahora convocar.
¿Dónde estáis,
vosotros, los no dioses?
¿Donde estáis, repito, redondas negaciones de toda divinidad,
de toda mitología, de toda reverencia muerta para siempre?
Y he aquí, entonces, que resulta imprescindible
dilucidar la categoría de toda criatura. Vacío,
caso de existir, como algunos afirman, el infierno no espera
visitantes y mucho menos residentes permanentes
—debidamente autorizados y con ciertos cuños
pagados y visibles en los documentos de rigor.

Así, pues, los violentos contra sí mismos
quedarán cual páginas retóricas en los textos del Dante
si no fuera por el sufrimiento anterior, por el tiempo
transcurrido, y sobre todo
por esos minutos finales, sin compañía y acaso desconcertados
ante tan grande decisión.

Quién hubiera tenido la ternura de desatar la soga
a Marina Svetáieva o cerrar la ventana a Mayakovski,
seguramente el ángel criollísimo que siguió su camino
y no pudo apagar el gas del horno a Silvia Plath
ni esconder el revólver anticuado a Raúl Hernández Novás
y demostrarle a Alfonsina Storni la otra belleza del mar.
El agua, el agua, el agua fue siguiendo a Ángel Acosta León
y al otro Ángel, Ganivet, en el frío cercano a las estepas.

Mano humana la tuya, lo hubieras comprendido;
pero esperaste el tiempo para irte, al aire de tu vuelo
y el texto inacabado, ¿inacabado acaso?, en una calle
manchada.... Qué decir, qué premio o qué castigo
de un dios desconocido, de una criatura prescindible.
Otra vez la monserga de dioses y no dioses.

Basta, sanseacabó. Déjenlo, dejadlo, verdeante
que se vuelva o que no se vuelva —¡y duerman los dormidos!—
como San Juan de la Cruz, Casal o cual Lezama
que al pájaro convoca y nos regala el ángel de la jiribilla.

Oigamos su susurro, su grito, su mensaje. Descifremos
su estancia entre nosotros y dejémosle ir
mientras llevamos el índice a los labios.

Así quedo, aterido, menor. Suena una música,
que no vuelve. Silencio y dones ciegos.

LA HABANA, 1997

Comentarios a unos libros terminados

Anoche estuvo lloviendo en Venecia,
Tal vez copiosamente, mientras alguien,
un poco borrada la memoria,
recordaba la ausencia, retraía tanto
a cierta vislumbre de Cádiz como a Venecia
que, por lo demás no conozco. ¿Entonces,
por qué Venecia? Ahí está la clave.
Otro poeta imagina en esa tamización final
de los recuerdos *otra ciudad, otro ámbito, otra vida*.
Descartada la antigua sede gaditana
Venecia vuelve a la memoria tosca.
Tal vez no acierte, como tampoco logra
el crítico captar algo del todo, separar
un lirio del perverso gladiolo delicioso
que una mano insiste en colocar entre las rosas.
Espinas, cabeza ensangrentada y la corona
que recuerda un pasaje más bien oscuro
y cantado de Juan Sebastián Bach.
Su herida en el trazo de la ciudad
es como un nuevo apunte y ahora
no aparece aquella espigada señorita Secante.
Cómica taquimecanógrafa de la infancia
que más que hacer reír desconcertaba.

¡Quién le iba a decir a la abuela y a los escribanos
el destino de todo aquel barullo!

¡Cómo iba a ser posible vaticinar semejante desastre!

El niño que cambia citas y referencias torpemente
creyéndose genial o memorioso

sin antecedentes directos en la zona oriental
—broma de Borges o de Herrera, quienes
eran respectivamente un ampuloso
profesor de Matemáticas y un farmacéutico tradicional
aficionado al ofrecimiento de cañafístulas
y a recomendar una hermosa y coloreada
pócima llamada «Los siete lamedores»—; el lejano
Oriente fue para él siempre insular y provinciano,
sitio de permanencia o de regreso y de los viajes
apresurados. Los trenes, ómnibus,
alguna vez un automóvil prestado y compartido,
pero el recuerdo de calesas, coches,
quitrines, carretillas y el esbelto
padrastro en su caballo dominical y alquilado.

¡Qué de barcos, qué de barcos, qué de negros, qué de negros!

La meditación ha de conducirnos al confesionario. Aprende
el aprendiz. Como en los órdenes
dóricos y jónicos, corintios o inventados
por Alejo Carpentier o imaginados por Lezama Lima.
A discernir al lírico del épico.
Coloquial, conversacional, exteriorista,
de la experiencia, antipoeta, absurdo o evasivo. Todo
le ha sido atribuido y la cantante
canta y en otro sitio el músculo
duerme en el silencio de la noche roto
por el tango obligado.

Ahora se impone el inventario. Los secretos
se archivan de manera distinta y la publicación
de los pecados y pecadillos aguarda su momento.
Los cartularios son valiosos, preciosos y azarosos.
Destino. Spare, oh spare. *Nadie intente refugiarse*
en la oscuridad de un cine. Azules,
amarillos, verdes, —hasta el propio blanco— son casi siempre

colores de uniformes represivos.
Pero reconocibles. Lo malo es
cuando no se sabe y lo peor
cuando ya se sabe todo y se teme por más.
Exígele al informe verosimilitud
y una ética propia distinta a la etiqueta de moda.
Aquélla fue la crónica de una catástrofe,
su confirmación, pero la petición,
la súplica, la exigencia del reconocimiento,
de la permanencia de alguien, con discutible
fidelidad a la ciudad y en ella.
Y la ciudad, ahora, es como un plano
De mis humillaciones y fracasos.
Nadie puede borrar lo escrito y lo vivido,
sólo olvidar, dejar a un lado
aquello que no está o no interesa.
¡Ah, pero se levanta! *Lo demás no importa.*
Los comentarios se prodigan, pueden multiplicarse
y en definitiva todo poeta escribe de la ciudad
de acuerdo a su nostalgia. A su mirada.
Anoche estuvo lloviendo en Venecia...
Y esta ciudad es otra.
Bureaucracy has no loves and is composed
mainly of varied minor dislikes.
Dejó dicho Ezra Pound y algo sabía
a pesar de sus muchas y tristes confusiones.

LA HABANA, 1999

Anticipado duelo

Para una muerte imaginaria
se toman hueras precauciones,
la falsedad viene después
con sus razones y sus cargas,
junto a la lágrima o cebolla
una ostensible y vana rosa.

Para una muerte novelada,
que novedosa se apresura,
la escena muestra sus cartones
y su temblor es revelado
aunque lo envuelva con gemidos
en suave y púdica impudicia.

Para una muerte presentida
algunas cosas hacen falta,
ningún modelo es suficiente
para inventar lo que no llega,
y a la torpeza de las formas
la adolescencia sólo basta.

Para un bufón, para un payaso,
enclenque o mustio, reventando,
no valen las lamentaciones,
los gritos vencen al silencio,
se cubren prestos los espejos,
se espantan todos los demonios.

La Habana, 1982

Alerta por Umberto Peña

Cómo puede un pincel ser silencioso
si su sonido rasga, si alborota
o queda parte de la vida rota,
culpable el lienzo cuando yace ocioso.

Desvanécese el soplo del acoso
la resistencia a la maldad que azota
desigual, descalabro en una gota
sin fin, hueco vacío doloroso.

Vuelve al revés la enmarañada trama,
desenreda estirada su extensión,
limpia la injuria del denuesto insano.

La enemistad a la belleza clama
venganza o cuerpo. Más la anunciación
revela el reto, vence con su mano.

11 de octubre 1998